



LA RAZÓN HISTÓRICA
 Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
 ISSN 1989-2659
 Número 54, Año 2022, páginas 101-120
www.revistalarazonhistorica.com

Microhistoria: Carlo Ginzburg y su aporte a la disciplina histórica

Ceferino Cristian Bavasso

Unsam-Idaes-UNIBO-ISPJVG-UBA

Investigador- Docente.

Datos acerca de la biografía del autor

Historiador contemporáneo, original y crítico, Carlo Ginzburg trató de demostrar en cada una de sus obras la insuficiencia de ciertos aspectos metodológicos de la historia tradicional, proponiendo estrategias alternativas a través del enfoque micro histórico.

Nacido en Torino en 1939 tuvo una formación académica delimitada por la tradición marxista imperante en los círculos intelectuales de la época. Cabe destacar que la política es un punto de inflexión en la historiografía italiana y la vinculación de ciertos historiadores a la vertiente de izquierda responde, en parte, a la ebullición de la “primavera de los pueblos”.

Actual profesor de la Universidad de Bologna (Italia) y de la Universidad de California (EEUU), Ginzburg ha llegado mediante su capacidad heurística y su análisis de síntomas e indicios, a la comprensión profunda de los testimonios, descifrando a través de ellos, realidades significativas, no sujetas a la simplicidad de aprehensión de otros fenómenos estudiados por la historia científica tradicional.

Su trabajo se inscribe dentro de la Nueva Historia Cultural y la historia de la mentalidad popular, la cual se estudiaba también en su relación con la cultura de elite, para esto, se tienen en cuenta aspectos que denotan fenómenos irracionales, o sea, emergentes como la herejía y la brujería.

Además de “El queso y los gusanos” (obra que nos proponemos analizar), Ginzburg es autor de títulos sumamente originales, como: “IL benandanti” e “Historia nocturna”, los cuales se proponen penetrar en el universo herético que linda la

modernidad, “Giocci di pazienza”(con Adriano Prosperi), “Pesquisa sobre Piero”, en el que se ocupa de dilucidar lo intrínseco y paradigmático de la obra pictórica de Piero Della Francesca, utilizando un método similar al que Morelli emplea para la adjudicación de las obras a sus verdaderos hacedores (tema que tratara en “Señales.Raíces de un paradigma indiciario”), “Mitos, emblemas e indicios” y “El juez y el historiador”, obra superlativa en la que revé las actas de un juicio contemporáneo apelando la falla judicial: acá compara la tarea del historiador con la del juez que al recopilar datos e indicios puede establecer consideraciones o juicios, que si bien están sujetos a revisión y error, siguen el mismo derrotero.

A través de esta breve reseña bibliográfica se ha podido establecer una idea de los objetivos que persigue este autor: humanizar la historia, indagar en la acción de los seres anónimos que la forjaron y que construyen y reformulan su identidad.

Por tanto, como se ha señalado, Ginzburg es uno de los representantes y propulsores de una nueva aproximación al saber histórico: la microhistoria.

Este nuevo enfoque surge en la década de 1970, ejemplo de un periodo rico en críticas a los modelos establecidos. En el campo histórico, se cuestionan los modelos socio científicos de la historiografía tradicional. Como se ha dicho, Ginzburg era un historiador italiano de raíz marxista que vira hacia esta nueva opción que se inscribe dentro del paradigma indiciario por el presentado.

Este proyecto micro histórico nace a partir de un conjunto de cuestiones y propuestas formuladas por un pequeño grupo de historiadores italianos comprometidos en una empresa común que se materializo con la edición de la revista “Quaderni Storici” y también a partir de la colección dirigida por Carlo Ginzburg y Giovanni Levi, llamada “Microstorie”.

Es importante destacar que esta nueva línea de análisis histórico se va a expandir mediante el apoyo de la política editorial solventada y emprendida por Einaudi, editorial que tendrá a su cargo la edición de dicha colección.

A pesar de este atisbo de actividad colectiva, la microhistoria no constituye un cuerpo de proposiciones unificadas, ni una escuela, ni una línea historiográfica autónoma; es más bien el resultado de una experiencia de investigación que desconfía de las formulas generales y de los conceptos teóricos abstractos.

Por tanto, la microhistoria surge como una reacción, como una postura respecto a un cierto estado de la historia social; ante esto surge una reformulación de los conceptos generales. Así como también de los interrogantes y de los procedimientos.

Una de las visiones dominantes de la historia social se ha definido en torno a Annales, escuela que presenta rasgos relativamente uniformes enlazados en la idea de adherir a las reglas del método sociológico destinado a erigir una ciencia social unificada.

La cuestión era abandonar lo accidental para abordar el objeto de estudio científico: las regularidades observables a partir de las cuales es posible inferir leyes, con esto,

la elección de la larga duración permitía observar el devenir de las transformaciones globales.

Pero la microhistoria pone en tela de juicio a este procedimiento y sus supuestos bases. El problema radica en que la ciencia social histórica presupone la existencia de un proceso histórico mundial, unitario, caracterizado por el hiato de la modernización, el desarrollo del estado burocrático y todos los grandes procesos que enmarcan la vida de los hombres.

La crítica micro histórica radica en pensar que este enfoque olvida el factor humano inherente a este desarrollo. Por tanto, la propuesta es incluir en el estudio histórico a la historia de los hombres reales, no sólo a través de sus condiciones materiales, sino en ver como estos hombres experimentan estas condiciones y sus transformaciones.

Además, en la postura científicista de la historia (sea esta la ciencia social histórica o el marxismo), falta una idea de cómo aprehender la compleja relación entre las estructuras globales y la praxis de los sujetos; y esta comprensión de la subjetividad del hecho histórico requiere una nueva concepción de la historia.

Dada esta situación crítica se exige una historia microscópica de la vida cotidiana: ver a los hombres que no llevaron las riendas del poder; lo cual sería una forma de renuncia a considerar al poder político como “el” elemento constitutivo de la historia; a partir de ahora existen muchas historias.

Ahora bien, estas historias exigen métodos específicos para poder analizar los aspectos cualitativos de las experiencias vitales. Sin embargo, se puede observar en las obras de línea micro histórica, que hay una aceptación de ciertas concepciones filosófico-históricas, científicas y políticas de la tradición socio científica. Por ejemplo, es unánime el aceptar la existencia de un proceso de modernización.

Pero el objetivo de los micro historiadores es otro: ahora se intenta indagar en como los hombres han experimentado ese proceso.

Este viraje del objeto de estudio requiere ampliar la historiografía incluyendo, Además de los grandes procesos en tanto hechos en sí, la historia de los espacios reducidos, las vivencias de hombres o grupos concretos.

Además de la continuidad de ciertos marcos teóricos, como la caracterología marxistas o los grandes bloques que “condicionan” las acciones humanas, de los cuales la micro historia no logra desvincularse del todo, se encuentra otro factor análogo que une a esta metodología alternativa con la tradición, en este caso, marxista: las sociedades se caracterizan por el conflicto, o sea que aunque se distancie de categorías macro como “estado” o “mercado”, concluyen en que el poder y la desigualdad son los factores básicos que generan el movimiento de la historia.

Y ante este poder que intenta imponerse al hombre, o ante la existencia innegable de una desigualdad intrínseca a la sociedad misma, la micro historia elabora el

concepto de resistencia, que son las formas sutiles del comportamiento cotidiano que los hombres utilizan de modo reaccionario.

En este aspecto, el ejemplo de Menocchio es por demás ilustrativo: sus manifestaciones responden a la fusión de una vieja cultura rural con los resabios que la imprenta dejó en el molinero. La consecución de sus ideas es una manifestación tangible de esa resistencia aparentemente pasiva hacia lo aparentemente impuesto. Su ejecución no es más que el afán de las elites por suprimir esa cultura que trastoca los cimientos mismos del estado que se está edificando codo a codo con el poder de la Iglesia.

Vemos como acá no se abandonan las grandes estructuras (Contrarreforma, Estado), por lo que se observa que el enfoque macro histórico conduce a la micro historia, o, mejor dicho, la insuficiencia de las respuestas dadas por los estudios macro, hacen que algunos historiadores empiecen a buscar “indicios” en los individuos anónimos que construyen la historia.

Por tanto, a pesar de los constantes debates entre la ciencia social histórica y la micro historia, se observan afinidades y continuidades, el enfoque micro histórico aporta un matiz diferente a las realidades acabadas que presentan las estructuras científicas de la historia social.

Ahora sería interesante ver cuáles son las características específicas de la micro historia: la reducción de la escala de análisis es uno de los factores esenciales que la definen. Variar la distancia focal con respecto al objeto de estudio conduce invariablemente a modificar la forma y la trama del análisis.

La historia social dominante organizaba sus datos hermenéuticos según categorías generales que dejaban afuera lo pertinente del campo de los comportamientos o la construcción de las identidades grupales. Pero la elección de lo individual no se pensó en contradicción con lo social, sino que, siguiendo el curso de un destino individual se revivía el sueño de una historia total, pero ahora construida desde la base: lo importante es rescatar la participación de cada uno en la historia general, en la formación y modificación de las estructuras de las que los hombres son parte emergente y constructores.

Por lo tanto, la microhistoria ha propuesto estudiar fenómenos socio-antropológicos en su vertiente histórica a través de la reducción de la escala de observación del sistema para así poder analizar ciertos procesos más generales.

Esto entra en estrecha relación con la antropología, ciencia auxiliar que se manifiesta como el mayor soporte de los micro-historiadores. Esta afinidad se desliga de la utilización de una metodología implementada por los funcionalistas, en especial por el antropólogo Clifford Geertz: la descripción densa.

Dentro de este marco el etnólogo puede descifrar la cultura y los modos de vida ajenos de forma indirecta. Esta cultura se hace visible a través de las acciones rituales y simbólicas que exceden la inmediatez de las intenciones mismas, a través

de estas formas simbólicas el hombre se representa tanto ante si como ante los demás.

Pero la influencia de la antropología cultural dentro de la micro historia está sujeta a múltiples contracciones como, por ejemplo, el hecho de que la descripción densa hertziana supone la existencia de la cultura como unidad homogénea, mientras que los micro historiadores niegan este concepto tendiente a la globalidad de los procesos e indirectamente etnocentrista.

A pesar de las numerosas implicancias que podríamos señalar se hará hincapié en la impronta antropológica cuando en puntos posteriores se haga referencia al tema de la interdisciplinariedad.

Entonces, volviendo a los procedimientos microhistóricos podemos resumir que desde esta óptica toda la acción social es vista como el resultado de una permanente negociación, manipulación, elecciones y decisiones del individuo frente a una realidad normativa que ofrece muchas posibilidades de interpretación y, por ende, libertades personales.

Ante esto, el principio unificador de la investigación micro histórica es la creencia en que esta observación a través de la reducción de escala va a develar factores o elementos significativos que de otra manera se hubiera disipado en el mero análisis de las estructuras macro.

Por tanto, mediante una forma particular de narrativa basada en la exégesis documental, la búsqueda de respuesta a los lugares oscuros, y las construcciones interpretativas, la micro historia logra mostrar la dinámica de los sistemas estructurales dentro de los cuales se contextualizar (pero no se limita) la acción de los hombres.

Además, lo más importante es que con este método se rompe con la aseveración tradicional, forma autoritaria del discurso adoptado por los historiadores que a través de sus análisis buscan presentar a la realidad como objetiva.

Esto es casi una utopía para los micro-historiadores que toman en cuenta la multiplicidad de las historias acentuando el carácter subjetivo de todo proceso.

Una forma de trabajar desde la microhistoria: Análisis de “El queso y los gusanos” de Carlo Ginzburg

“Optar por ver el mundo a través de un microscopio en lugar de un telescopio no es ninguna novedad. Mientras aceptemos el hecho de que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmo y macrocosmo consiste en seleccionar la técnica apropiada. Es significativo que en la actualidad sean más los historiadores que encuentran útil el microscopio, pero esto no significa forzosamente que rechacen los telescopios por considerarlos anticuados”

Hobsbawm, Eric. "Sobre la Historia".

El presente punto del trabajo representa el intento por analizar y comprender el método de trabajo de Ginzburg, distinguiendo siempre que se puedan las características personales profundizando todas aquellas cuestiones que solo se esbozaron con anterioridad.

La temática trabajada por Ginzburg es conocida. Se trata de un microanálisis en plan de pesquisa judicial, de dos procesos llevados a cabo por el Santo Oficio en el siglo XVI contra Doménico Scandella, conocido como Menocchio, quien fue acusado de hereje. El veredicto del primer proceso lo condeno a la cárcel de por vida. Luego de poco más de dos años fue perdonado y puesto en libertad con la condición de que observara ciertas normas constrictivas. De poco sirvió. Años después volvió a ser denunciado y procesado, solo que aproximadamente 50000 personas más entre los años 1580 y 1620, precisamente en el periodo en el que se estaban definiendo a sangre y fuego las fronteras confesionales de la Europa Moderna. Este sintético bosquejo del panorama que trabaja Ginzburg es ya un primer indicio del texto micro histórico: su importancia corresponde al grado de sintonía que llegue con la frecuencia macro histórica.

Tal vez la cita que nos resulte más apropiada para sumergirnos en el trabajo sea una de las notas aclaratorias presente en una de las últimas páginas del libro. Luego de una disputa en torno a ciertas hipótesis que contemplan que Menocchio hubiera tenido acceso o no a ciertos libros, Ginzburg dice que

"...si aceptamos la hipótesis de circularidad, tenemos que admitir que esta impone al historiador criterios de verificación distintos a los habituales. Esto se debe al hecho de que cultura dominante y culturas subalternas juegan una partida desigual. (...)Dado que la documentación expresa las relaciones de fuerza entre las clases de una sociedad determinada, las posibilidades de que las culturas de las clases subalternas hayan dejado señales, aun deformadas (...) son muy limitadas. Por lo tanto, si aceptamos los criterios habituales de verificación, exageramos indebidamente el peso de la cultura dominante (...) sería oportuno elaborar nuevos criterios de verificación, adaptados a un tipo de investigaciones basadas en una documentación tan heterogénea, e incluso desequilibrada. Además, (...) la creación de un nuevo campo de investigación modifica no solo los métodos, sino también los propios criterios de verificación de una disciplina." (Págs. 226-227).

Distintos aspectos presentes en el trabajo de Ginzburg, todos ellos de gran importancia, aparecen destacados en el anterior párrafo. Tratando de organizar nuestro comentario, destaca su formación marxista de orientación culturalista, fuertemente influenciado por la teoría graciana que considera que el modo de dominación de la clase dominante se manifiesta a través de la hegemonía más que de la fuerza, por eso prefiere decirse que las clases dominadas son subalternas más que inferiores, término que a su vez remite a una forma de pensamiento paternalista.

Cuando se refiere a la hipótesis de la circularidad lo hace entendiendo que las formas de producción, adopción y adaptación cultural no ocurren en forma verticalista y unidireccional de arriba hacia abajo, sino que en cambio estas formas ocurren de manera dinámica involucrando recíprocamente y por igual a ambos tipos de clases-culturas, la dominante y la subalternas. Este modelo ideológico de formación marxista parte también de la base de que las relaciones socioculturales se manifiestan a partir del conflicto de tipo fundamentalmente político-ideológico: “Dado que la documentación expresa las relaciones de fuerza entre las clases de una sociedad determinada”. Finalmente, destacamos las referencias que hace respecto a “la creación de un nuevo campo de investigación modifica no solo los métodos...”. En efecto, en el párrafo aparece una huella de un modo particular de investigación adoptado por Ginzburg –y cuestionado por Levi- conocido como paradigma indiciario, el cual tuvo su principal teorización hacia fines del siglo pasado a cargo del crítico de arte Giovanni Morelli, a quien muy hábilmente Ginzburg relaciona con los indicios de los estudios pre-psiquiátricos de Sigmund Freud y con la novela policial de Arthur Conan Doyle.

No contentándose con este original esfuerzo, lleva esta modalidad hasta los tiempos en que el hombre era cazador. El fundamento de tanta dedicación es fundamentar que a lo largo de su historia el hombre ha ido construyendo y perfeccionando un paradigma basado en el hallazgo de huellas, indicios y señales dejadas por el hombre en el cotidiano transcurrir de su vida, el cual no por haber sido dejado de lado por el paradigma galileano ha perdido algo de su validez. Esta forma de trabajo aparece permanentemente a lo largo de todo el trabajo.

“Probemos, entonces, una hipótesis distinta, siguiendo la pista que ofrecen las propias declaraciones de Menocchio” (Pág. 107).

“Una cultura casi exclusivamente oral (...) tiende a no dejar huellas, o a dejar huellas deformadas por inercia. De mayor valor asintomático de un caso límite como el de Menocchio...” (Pág. 180).

“Sabemos muchas cosas de Menocchio. De este Marcato, o Marco –y de tantos otros como el, que vivieron sin dejar huellas- no sabemos nada” (Pág. 183).

Una de las grandes temáticas trabajadas por Ginzburg sin duda es, si de hecho no resulta ser la más importante, las formas que adquiere la compleja relación entre la oralidad subalterna y la escritura dominante. Para trabajar esta cuestión rastrea toda la posible bibliografía que pudo haber llegado a leer Menocchio. Resulta interesante destacar la forma en la que la reconstruye la pequeña biblioteca de Menocchio, infiriendo en muchos casos a partir de indicios aparecidos en su discurso que posibles libros que no menciona o no recuerda haber leído, y que relación tenían estos libros con la cultura dominante o con ideales populares. A partir de esta cuestión Ginzburg encuentra argumentos para sostener la tesis de la circularidad de las culturas dominantes y subalternas

“...más importante que el texto es la clave de lectura; el tamiz que Menocchio interponía inconscientemente entre él y la página escrita: un tamiz que pone de relieve ciertos pasajes y oculta otros, (...) que actuaba sobre la memoria de Menocchio deformando la propia lectura del texto. Y este tamiz, esta clave de lectura, nos remite continuamente a una cultura distinta de la expresada por la página impresa: una cultura oral.

...Fue el encuentro de la página impresa con la cultura oral, de la que era depositario, lo que indujo a Menocchio a formular –primero a sí mismo, luego a los paisanos, y hasta a los jueces las opiniones sacadas de su cerebro” (Pág. 68).

“...había leído pocos libros, ocasionalmente. De estos libros había masticado y exprimido cada palabra. Durante años, los había rumiado, durante años palabras y frases habían ido fermentando en su memoria” (Pág. 82).

“Menocchio trituraba y reelaboraba sus lecturas al margen de cualquier modelo preestablecido. Sus afirmaciones más desenfadas tienen origen en textos inocuos como los Viajes de Mandeville o la Historia del Giudicio. No es el libro como tal, sino el choque entre página impresa y cultura oral lo que formaba en la cabeza de Menocchio una mezcla explosiva” (Pág. 90).

“En cualquier caso, las palabras de Menocchio hacen aflorar, ya sea brevemente, las profundas raíces populares de la utopía, tanto culta como plebeya, con harta frecuencia considerada mero ejercicio literario. Tal vez la imagen de un “mundo nuevo” incorporaba una vieja tradición, un legado remoto en la memoria de una lejana época de bienestar (...) No se trataba del Hijo del Hombre encumbrado en nimbos, sino de la lucha emprendida por hombres como Menocchio –los campesinos de Montereale a quienes él había inútilmente tratado de convencer, por ejemplo- lo que habría debido aportar un “nuevo mundo” (Págs. 132-133).

Al choque de dos culturas, con más raíces en común de lo que tradicionalmente suele pensarse, se agrega, en los párrafos arriba citados, la vital cuestión para los micro historiadores del papel del individuo en la construcción del proceso social y en el grado de libertad de acción al cual tiene acceso, tanto físico como intelectual

“Menocchio estaba plenamente convencido de su originalidad: yo nunca he andado con herejes –dijo en respuesta a una pregunta concreta de los jueces- pero mi cerebro es sutil y me ha gustado aprender las cosas elevadas que yo ignoraba...” (Pág. 42).

“...todos los testimonios de los habitantes de Montereale indican que el conjunto de las ideas de Menocchio se había formado en una época muy anterior a la fecha del primer proceso. Es verdad que ignoramos cuando tuvieron lugar los contactos con Nicola, pero la obstinación de Menocchio indica que no se trata de un reflejo pasivo de ideas ajenas...” (Pág. 60).

“...todo lo que hasta ahora hemos visto demuestra sobradamente que Menocchio no repetía como un loro opiniones ni tesis ajenas. Su método de aproximación a la

lectura, sus afirmaciones retorcidas y laboriosas, son signos inequívocos de una reelaboración original. Ciertamente que ésta no procedía del vacío. Cada vez vemos más claramente que en ella confluyen, en modos y formas todavía por precisar, corrientes doctas y corrientes populares.” (Pág. 88).

Esta libertad de Menocchio estaba acompañada por una conciencia racional, lo que nos recuerda que un principio importante para los micro-historiadores es el trabajar en base a la racionalidad de los individuos

“...Menocchio no pretendía revelaciones o iluminaciones especiales. En sus discursos situaba siempre en primer plano su propio raciocinio.” (Pág. 61).

“Menocchio era orgullosamente consciente de la originalidad de sus ideas: por ello deseaba exponerlas a las más altas autoridades religiosas y seculares. Pero, al mismo tiempo, sentía la necesidad de apoderarse de la cultura de sus adversarios. Comprendía que la escritura y la capacidad de apoderarse de la cultura escrita y transmitirla, son fuentes de poder.” (Pág. 99).

“...el imperturbable raciocinio de Menocchio se movía entre sus textos (las escrituras, el Florilegio) con extraordinaria libertad.” (Pág. 106).

De a poco vemos como el método macro histórico de Ginzburg le va permitiendo complejizar el panorama y así acceder a valiosos resultados. De pronto la imagen que tenemos del campesino conservador y maniatado por los ritmos de la naturaleza muda completamente. No solo piensa de una manera original, distinta a la habitual, sino que también razona. Y es plenamente consciente de su pertenencia a un grupo opuesto por las circunstancias a otro grupo, y por ende enfrentados ¿Acaso no será mucho suponer que un perfecto desconocido perteneciente a las clases subalternas pudiera llegar a tan alto grado de lucidez y conciencia? Al menos no para Ginzburg

“En la burla de los pigmeos por la “gente grande como nosotros” se encierra el sentido de la turbación que experimentó Menocchio al leer el libro. La diversidad de creencias y de usos relacionados por Mandeville le indujeron a reflexionar sobre el fundamento de sus propias creencias, de sus comportamientos (...) Por aquellos mismos años, un noble de Perigord, Michel de Montaigne, experimentaba igual conmoción relativista leyendo los relatos sobre los pobladores indígenas del Nuevo Mundo.” (Pág. 82).

“Su radicalismo religioso, aunque ocasionalmente se hubiera nutrido con los temas de la tolerancia medieval, convergía más bien con las refinadas teorizaciones religiosas de los herejes de formación humanística: sus coetáneos” (Pág. 89).

“No se conocen los contactos de Menocchio con “los que poseen ciencia y doctrina” (salvo en un caso), pero si se sabe que al parecer nadie les habría escuchado pese a sus obstinados intentos por difundir sus propias ideas entre el “vulgo inculto” (Pág. 125).

En su discusión con la historiografía dominante, en este caso representada sobre todo por Robert Mandrou, Ginzburg no duda un instante en situar la figura de

Menocchio a la altura de un Montaigne, un humanista, un Lutero. Muy inteligentemente suele volver un paso atrás en cada ocasión en que incursiona en tan polémicas afirmaciones, relativizando la importancia de ciertos símbolos y signos presentes en Menocchio, pero solo después de haber dado dos pasos hacia adelante..., es decir, está afirmando ni más ni menos no solo que Menocchio es un individuo inteligente, apasionado, con una forma de pensamiento sumamente particular, consciente de sí mismo y del contexto social normativo y opresivo en el que vive, sino que, al menos en ciertas características se lo puede igualar a algunos de los individuos destacados de su época, individuos provenientes de la cultura dominante. Volvemos a ver el rechazo por las posturas unilineales partiendo en cambio del concepto Nietzscheano de que el centro está en todas partes. Hay centro en Lutero, hay centro en Menocchio. Con lo cual resulta bastante comprensible su posición respecto a este último: de la misma forma en que no fue tenido demasiado en cuenta por la gente de Montereale en lo relacionado a sus ideas socio-religiosas, podría haber sucedido totalmente lo contrario y ser una figura destacada más dentro del grupo de los herejes intelectuales motivadores del cambio social. La pregunta entonces será similar a la de antes ¿Acaso no se estará sobredimensionando la figura de un individuo que reúne todas las características para ser un “excepcional normal” poco representativo de la sociedad que se quiere estudiar? Nuevamente Ginzburg rechaza esta posibilidad. Luego de describir la figura tendencialmente abierta de los molineros, dada su situación de contacto permanente con sus vecinos, y luego de recordarnos que Menocchio también era campesino dice que

“Todo esto nos ayuda quizás a comprender la compleja relación entre Menocchio y la comunidad de Montereale. Aunque ninguno, salvo Melchior Gerbas, hubiera aprobado sus ideas (...), había transcurrido mucho tiempo, tal vez treinta años, sin que Menocchio fuese denunciado a las autoridades religiosas. Y quien finalmente le había denunciado era el párroco del pueblo (luego presionado por la familia de Menocchio para que se fuese del lugar), azuzando por otro sacerdote. A pesar de su singularidad, las afirmaciones de Menocchio no debían parecerles a los campesinos de Montereale ajenas a su existencia, a sus creencias, a sus aspiraciones.” (Pág. 174).

En otras partes del trabajo, Ginzburg compara a Menocchio con otras figuras contemporáneas de las clases subalternas, lo que le permite generalizar- pero sin tipificar- acerca de la magnitud que pudieron alcanzar personajes ya no excepcionales normales, sino representativos de tendencias profundamente arraigadas en la cultura popular.

“Unos veinte años antes del proceso instruido contra Menocchio, un aldeano desconocido de la campiña de Lucca, oculto tras el seudónimo de Scolio, hablo de sus propias visiones en un extenso poema de argumento religioso y moral, salpicado de ecos dantescos(...). El tema central (...) es que las diversas religiones poseen un núcleo común constituido por los diez mandamientos...”

...A pesar de ciertas afinidades (probablemente ajenas a vínculos directos, y de todos modos no documentados) con las doctrinas de los anabaptistas, las afirmaciones de

Scolio parecen más bien brotar de aquella corriente subterránea de radicalismo campesino hacia la cual también hemos hecho converger a Menocchio.” (Págs. 165-167)

“Las analogías entre las profecías de Scolio y los discursos de Menocchio son evidentes. Está claro que no se explican por la presencia de fuentes comunes (...). El elemento decisivo procede de un estrato común de tradiciones, mitos, aspiraciones transmitidos oralmente de generación en generación. En ambos casos se produce el contacto con la cultura escrita, adquirido a través de la escuela, que hace aflorar este estrato profundo de cultura oral.” (Pág. 170).

“Más cercana a la figura de Menocchio es la de otro molinero, Pellegrino Baroni, llamado Pighino “el gordo” (...) En 1570 fue procesado por el Santo Oficio de Ferrara, pero nueve años antes ya había sido obligado a abjurar ciertos errores en materia de fe (...) Pighino distaba mucho de ser un necio. Durante el proceso supo enfrentarse a los inquisidores demostrando, Además de una gran firmeza de ánimo, una inteligencia sutil y casi capciosa” (Pág. 171).

Pese a las diferencias entre ambos, Ginzburg dice:

“Vemos que el final de estos dos molineros fue distinto, pero son sorprendentes las analogías en su vida. Probablemente se trata de algo más que de una extraordinaria coincidencia” (Pág. 172).

El motivo está claro.

“En realidad estos dos molineros, que vivieron a centenares de kilómetros y murieron sin haberse conocido, hablaban el mismo lenguaje, respiraban la misma cultura.”

De este modo, como si se tratase de una novela policial en la que hacia el final se revelan las tramas ocultas de la historia, Ginzburg logra ser lo bastante explícito y convincente como para demostrar que el caso único e individual en el que se había basado durante todo el trabajo resultaba ser algo así como un señuelo para el lector distraído, dado que en realidad representaba un ejemplo más dentro del conjunto de individuos participes de la inquietud y efervescencia religiosa y social del periodo analizado. Posiblemente está calculada elección a la hora de presentarnos los distintos aspectos que está trabajando esté relacionada con la clara exposición narrativa presente en toda la obra. Inclusive se puede apreciar en Ginzburg el uso reiterado de formas de exposición literarias en varios pasajes de su obra.

“La mañana tocaba a su fin; faltaba poco para interrumpir el interrogatorio a la hora de la comida y reanudarla por la tarde. Menocchio hablaba sin parar (...) emborrachándose de palabras. Tenía que estar cansado. Había pasado en la cárcel parte del invierno y de la primavera” (Pág. 119).

“Luego, antes de que lo llevaran a la cárcel, firmo con la temblorosa mano de un viejo.” (Pág. 159)

Finalmente, abordaremos la última cuestión que nos ocupa, es decir, la forma en la que la micro-historia encuentra su correlato en la macro historia, otorgándole al trabajo de Ginzburg otro motivo de importancia para destacarse.

“Dos grandes acontecimientos históricos hacen posible un caso como el de Menocchio: la invención de la imprenta y la Reforma” (Pág. 23).

“La Iglesia católica sostenía en aquel periodo una guerra en dos frentes: contra la alta cultura, vieja y nueva, irreductible a los esquemas de la contrarreforma, y contra la cultura popular. Entre estos dos enemigos tan distintos pueden darse, como hemos visto, subterráneas convergencias.” (Pág. 89).

“...ilegitima, incluso absurda, debía parecerle la pretensión de los clérigos de mantener el monopolio de un conocimiento que podía comprarse por dos centavos en las puertas de Venecia. El concepto de cultura como privilegio había sufrido un grave embate (aunque no mortal) con la invención de la imprenta.” (Pág. 100).

“Figuras como Rabeáis y Bruegel (...) ponen punto final a una época caracterizada por la presencia de fecundos cambios subterráneos, en ambas direcciones, entre alta cultura y cultura popular. Por el contrario, el siguiente periodo está marcado por una distinción cada vez más delimitada entre cultura de las clases dominantes y cultura artesana y campesina, así como por el adoctrinamiento en sentido único de las clases populares...

Este renovado esfuerzo hegemónico adopta diversas formas en los distintos países de Europa (...) sobre este fondo de represión y de aniquilamiento de la cultura popular se inscribe el caso de Menocchio.” (Págs.180-181).

Reflexiones sobre la disciplina y el trabajo del historiador

Carlo Ginzburg logra su objetivo: mostrar lo endeble de las estructuras que el cientificismo quiso proponer como objetivas. A través de la elaboración del paradigma indiciario realiza inusitadas consideraciones acerca de la tarea del historiador, lo cual aporta matices que suponen la necesidad de apertura del campo histórico tradicional.

Somete el trabajo del historiador a un seguimiento minucioso, lo cual hace que lo compare con la labor de un detective o un médico, y con esto, resalta la importancia del dato aparentemente irrelevante, hasta convertirlo en el eje de la historia (o por lo menos de la historia que el está dispuesto a analizar).

La medicina hipocrática arribaba a un diagnóstico efectivo a partir de la observación de los síntomas, el detective llega a dilucidar un caso a través de las pistas o indicios que, por más ínfimos que parezcan, constituyen la trama del proceso. De igual modo, el paradigma indiciario en tanto instrumento del historiador, sirve para elaborar, por ejemplo, formas de control social sutiles y logra disolver el telón que esconde los mecanismos individuales que ante ellas operan en forma de resistencia.

A través de un caso puntual, Ginzburg ha obtenido gracias al “El queso y los gusanos”, la comprensión profunda de los testimonios, descifrando realidades significativas, aunque difícilmente perceptibles mediante los mecanismos de la ciencia social histórica.

La crítica fundamental que le hace a la historia tradicional es que ignora a los verdaderos actores sociales, a los que construyeron a “Tebas de las siete puertas”.

Pero ante esta titánica tarea del historiador encuentra un primer obstáculo, encarnado en las fuentes, o sea, en el medio en el cual se basa todo su trabajo. El problema radica en que hay escasos testimonios sobre el comportamiento y las actividades de los grupos subalternos del pasado, lo cual se agrega que, si bien existen documentos, estos fueron escritos por sectores que expurgaron a la vida de ellos.

El tema central de la obra es la historia de un molinero de la región del Véneto, específicamente del Friuli, llamado Domenico Scandella y apodado Menocchio, quien murió en la hoguera por sentencia del Santo Oficio, tras una vida carente de protagonismo.

El recurso fundamental del que se vale son los expedientes de los dos procesos de los que fue objeto el molinero, y que se celebraron con 15 años de diferencia (1584-1599). Estas actas ofrecen unas panorámicas de su vida, de sus ideas y sentimientos, por lo que estos rasgos se transforman en los indicios o los síntomas que Ginzburg va a utilizar para establecer su juicio.

Además de estos documentos “oficiales”, el autor tiene acceso a otra fuente algo inusual, si se tiene en cuenta a Menocchio como parte de un universo mayoritariamente ágrafo: obtiene cartas autógrafas (alegatos al Santo Oficio), lo cual demuestra uno de los aspectos excepcionales del molinero, ya que sabía leer y escribir. Pero su trabajo al mejor estilo Sherlock Holmes no se agota con la exégesis documental: reconstruye y examina las lecturas de Menocchio, lo cual es una característica más de la minuciosidad del método micro histórico.

Entonces, con estos elementos, logra reconstruir un fragmento de la cultura de las clases subalternas del siglo XVI o la cultura popular imperante de dicho periodo.

Ahora bien, el concepto de “cultura popular” está sujeto a varias consideraciones, y es definido como el conjunto de ideas, creencias, patrones de comportamiento y acciones propios de las clases subalternas en una determinada época, definición que deja entrever el préstamo que la antropología cultural le hace a la micro historia.

Pero el conflicto conceptual se plantea en tanto que Ginzburg se opone a la visión que considera que las manifestaciones emergentes de esta cultura popular, no son más que un acervo desordenado de las ideas y visiones del mundo elaboradas por las clases dominantes.

Ante esto se pregunta hasta qué punto se puede decir que una cultura es subalterna de la otra, y su respuesta girara en torno de la idea de la circularidad que opera entre ambos niveles de cultura. Pero esta circulación esta signada por la palabra escrita.

Con todo, las confesiones de Menocchio constituyen el eje que denota el caudal no explorado dentro de las creencias populares que responden a oscuras mitologías y cosmologías campesinas, y nuestro molinero es Además el ejemplo de la vorágine ideológica a la que estaba sujeto el hombre en el umbral de la modernidad, cuando los sistemas de vigía y castigo no estaban aún configurados a fin de modelar los cuerpos y las almas en pos de necesidades (por ejemplo las del capitalismo) que serán bandera en los siglos posteriores. Pero en pleno siglo XVI la convergencia de ideas entre este simple molinero y los grupos intelectuales es sorprendente y replantea el tema de la circulación cultural.

La pregunta evidente de los historiadores embebidos de ciencia es que relevancia puede tener un individuo del nivel social de Menocchio considerado aisladamente, frente a las ambiciosas investigaciones cuantitativas de la historia, que, como Furet si solo tomamos un caso, llega a considerar que la posible inserción de las clases populares en su análisis es factible solo a través de la demografía o la sociología.

Otra de las críticas que podrían surgir es que Menocchio no constituye un caso típico, ya que no es un campesino medio o estadísticamente frecuente para su época y su entorno, ya se ha señalado su alfabetización y su avidez por la lectura, pero esta singularidad es limitada ya que nadie escapa de la cultura madre ni de su clase, sino para entrar en el delirio y la falta de comunicación, dos cosas que no se observan en el caso del molinero.

La cultura en sí mismo es un marco flexible, que deja hacer en libertad, condicionando. Esto se puede leer entrelineas en las confesiones, en la que se rastrean una serie de elementos convergentes que llevan a Ginzburg a penetrar en una cultura rural común, por lo que Menocchio se constituye como un caso representativo.

Una de las críticas más importantes que hace Ginzburg a nivel historiográfico es a la metodología de la historia cuantitativa: haciendo referencia al estudio de la producción libresca y su difusión, afirma que los postulados propuestos son retrógrados ya que suponen la existencia de una clase productora de ideas (la elite letrada) y una clase receptora y pasiva (las clases populares), lo cual denota una vuelta a la historia tradicional de tipo verticalista que se pretende superar. Además, siguiendo el derrotero de los libros, no es indispensable saber la masa de la producción, sino que es menester indagar en los modos de lectura, tal como lo presenta Chartier.

Y esta cuestión es particularmente pertinente en el caso de Menocchio, ya que es interesante rastrear como leía el público del siglo XVI y, Además, ¿en qué medida una lectura primordialmente oral interfería, modificando el texto, hasta reconfigurarlo y desnaturalizarlo? Como se verá en el planteamiento de la hipótesis de la obra,

Menocchio reformula sus lecturas, sometiéndolas a una fusión inconsciente plagada de oscuras tradiciones campesinas de las cuales no puede sustraerse, hay un desfase entre los textos leídos por el molinero y la manera en que este asimilo y los comunico, lo cual entra en estrecha vinculación con la cultura oral y con la influencia de grupos heréticos.

También hace una crítica a la historia de las mentalidades, ya que esta toma a esta categoría abstracta como un elemento inerte, donde lo irracional delimita las acciones, en el caso de Menocchio, Ginzburg destaca la existencia de un componente racional, con el cual construye su particular visión del mundo, que no puede resolverse a través de las manifestaciones inconscientes.

Ahora bien, ya que mencionamos este aspecto inconsciente, podríamos volver a la cuestión indiciaria; para Ginzburg los aspectos solapados que son conceptualizados por la teoría del psicoanálisis freudiana, son comparables a los datos aparentemente sin trascendencia de la vida de un ser anónimo del pasado.

Siguiendo con este lineamiento, se toma el método de Morelli, que fue conocido a su vez, por Freud, y que tenía por objetivo atribuir las obras de arte diseminadas por los museos europeos, a su autor verdadero. Morelli decía que cualquier copista podía aprehender y reproducir a la perfección lo globalmente característico de la técnica de un Tiziano o un Botticelli, su atmósfera, su claroscuro y su aspecto figurativo.

Pero lo que la copia no podía manifestar fielmente eran los pequeños detalles como, por ejemplo, la forma de dibujar las orejas de un autor determinado. Esta pequeñez era reproducida inconscientemente por el artista, y sin embargo no era tomada en cuenta por el copista.

Del mismo modo, el historiador solo trata de contextualizar categorías generales, inferir leyes aplicables a diversos modelos, establecer estructuras que engloban el desarrollo de los acontecimientos, condicionándolos hasta convertir el dato de tiempo corto en una resultante pasiva de un proceso extrínseco que les es ajeno y del cual no pueden desligarse. En cambio, los micro-historiadores resucitan el detalle, la importancia de la impronta individual como parte constitutiva del desarrollo de las estructuras.

Pero no por ello la totalidad debe ser abandonada ya que existe una conexión profunda entre los fenómenos superficiales y los subyacentes: si la realidad es opaca, existen zonas privilegiadas, o sea las señales y los indicios, que permiten darle luz y descifrarla.

A pesar de esta gran innovación se puede inferir en que Ginzburg no logra escapar de su contexto y de su formación, al igual que tampoco Menocchio (caso excepcional dentro de la masa campesina casi uniforme) puede superar los límites que le impone la cultura de su tiempo: solo puede elaborar estrategias de resistencia a fin de no ser un eslabón pasivo en el proceso de desarrollo que tiene como eje a la modernidad.

Por tanto, Ginzburg utiliza el marco de la reforma, de la Contrarreforma, de la formación de los estados nacionales modernos y de la creación de la imprenta, para ubicar la vida de su molinero, así como tampoco erradica conceptos de su formación marxista: asociar las manifestaciones de Menocchio con una antigua cultura rural y relacionar su ejecución con el afán de las elites del poder económico y político por suprimir dicha cultura no es más que un ejemplo de la fusión entre la investigación micro-histórica con las especulaciones macro-históricas de raíz marxista de la historia “desde abajo”.

Y a pesar de esto, no puede restársele el atisbo revolucionario al viraje que supone la alternativa micro- histórica “nadie aprende el oficio (...) limitándose a poner en practica reglas preexistentes. En este tipo de conocimiento entran en juego (...) elementos imponderables: olfato, golpe de vista, intuición”. A partir de estos elementos que el mismo enumera, logra ver la relevancia del caso de Menocchio como una línea paralela que arroja una luz diferente sobre el proceso macro brindado por los estudios de la historia tradicional.

Por tanto, no se opone a ella, sino que constituye su investigación como una continuidad que tiene como fin ampliar las zonas de injerencia del conocimiento.

La conjunción de la herencia familiar con la opción política por la izquierda – que lo pusiera tempranamente en contacto con las categorías gramscianas de “clases subalternas”¹ y herramientas tomadas de la antropología conforman el bagaje con el que Ginzburg realiza sus investigaciones.

El propósito de reconstruir un fragmento de lo que se ha dado en llamar “cultura de las clases subalternas” o “cultura popular”, hecho explícito en el prólogo, implica un simultáneo rechazo tanto de lo que se denomina la “concepción aristocrática de la cultura” como de una exacerbada conciencia de la distancia entre los miembros de dichas culturas y el propio investigador como miembro de la alta cultura, distancia que impediría la posibilidad misma de pensar, de interpretar las diferencias, no dejando como alternativa más que el estupor y el silencio. El camino elegido por Ginzburg es tributario de las conclusiones del trabajo de Mijail Bajtín sobre el carnaval en la Edad Media que postulan una “referencia recíproca entre cultura de las clases subalternas y la cultura dominante”². Esta reciprocidad entre la cultura de las clases populares y la “docta” conforma un postulado central en la obra entera del historiador italiano.

La incompatibilidad de preguntas del acusador con respuestas del acusado refleja una brecha existente entre esquemas culturales enfrentados. Entre Menocchio y sus jueces se reitera la misma incomunicación. Sólo que el enfrentamiento entre la cultura de los tribunales eclesiásticos y las creencias populares sustancialmente

¹ Un Gramsci al que llegara, según relata el propio Ginzburg, a través de la lectura de Eric Hobsbawm. Véase Ginzburg 1993, p. 79, y también 1992, p. 111. La opción por la categoría gramsciana “clases subalternas” es defendida expresamente en “El queso y los gusanos”.

² Ginzburg 1991, p. 20. La mención de Bajtín es sobre “La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de F. Rabelais”, Alianza, Madrid, 1987.

autónomas que conforman el universo del molinero es trasladado a una oposición que lo subsume; la que se postula entre “cultura escrita” y “cultura oral”.

Ginzburg cuenta con una excepcionalidad: Menocchio sabe leer; por lo tanto, es posible contrastar la lectura que refiere de sus libros con los libros mismos. El desfase entre la recepción de Menocchio con la letra misma del texto es lo que permite la labor reconstructiva que emprende el autor. El sentido de la obra es modificado por la pertenencia de Menocchio, como miembro de la cultura subalterna, a una tradición particular: la cultura oral.

Como reconoce el propio autor, Menocchio, no es un campesino típico de su época, y este es un punto central, tiene límites, ya que “de la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación.

La selección que realiza Ginzburg parece guiada de antemano por una imagen ya formada sobre cómo funciona esa “cultura popular” que supuestamente se descubre en Menocchio. La racionalidad particular explica el rechazo en aceptar una noción como la de “mentalidades”, entendida como “oscuro” fondo común de arcaísmos, resabios, supervivencias, entre otros aspectos, para caracterizar las creencias expresas o implícitas de un determinado período. En la utilización del esquema de la “mentalidad” para tratar a las culturas populares se deslizaría esa concepción aristocrática de cultura, según la cual “ideas o creencias originales se consideran por definición producto de las clases superiores”.

El tratamiento de las relaciones entre alta cultura y cultura popular presenta la marca de dominación. La lucha de Menocchio contra el monopolio eclesiástico de la cultura es un enfrentamiento percibido entre nosotros y ellos, los “superiores y poderosos” contra los campesinos.

El desborde del texto producido en la lectura de Menocchio, proviene de esa alteridad de origen, y es por eso que no puede ser entendido en el plano de los textos, en la remisión regresiva de influencias de un libro a otro. Es menester romper este plano encontrar esa racionalidad distinta que permite entender la particular lectura de Menocchio, ese estrato profundo tan insólito que resulta casi incomprensible en el que se hundían profundamente las raíces de su pensamiento. Se trata, pues, de remanente irreductible de cultura oral lo que constituye esa cultura distinta de la que el protagonista, aun sabiendo leer y escribir, continúa formando parte.

Quesos y gusanos remiten a en el molinero a sus medios de vida, a su mundo cotidiano. De igual forma, el rechazo que manifiesta en sus esquemas del alma inmortal, en cuanto a principio inmaterial y eterno, nos presenta una concepción radicalmente materialista y empírica. Ese materialismo elemental, instintivo, de generaciones y generaciones de campesinos constituye la esencia misma de la cultura a la que Menocchio pertenece, a su verdadero e inexpresivo discurso.

Miembro de la tradición oral, pero a la vez capaz de leer y escribir, el protagonista está en medio de dos mundos.³

Esa cultura oral, tradición antiquísima, substrato inmóvil profundamente diverso de nuestra cultura escrita, presenta asombrosas divergencias con la alta cultura de la época, con lo más refinado del pensamiento humanista del renacimiento. La extraordinaria coincidencia de términos e ideas en el molinero y en las herejías perseguidas de los anabaptistas, permiten la adscripción de Menocchio, a las sectas “maniqueas” en el veredicto del tribunal, la heterogeneidad de los ambientes en que aparecen tópicos similares es para el autor la confirmación de su tesis sobre lo circular de la cultura, esa influencia recíproca entre sectores populares y doctores que conforman una imagen donde gran parte de la alta cultura europea, medieval y postmedieval deben entenderse a partir de raíces populares.

Un renovado esfuerzo hegemónico terminará aniquilando la autonomía popular, subordinándola a la vez a la Contrarreforma, será la censura que se extiende entre cultura popular y alta cultura a partir de la imposición de los esquemas hegemónicos: evangelización y represión de la brujería son algunas de las formas que adopta, señalando el final de este período de equivalencia y contactos e inaugurando uno marcado por la subordinación y el aislamiento.

Ginzburg postula la existencia de un patrón de conocimiento común, basado en la utilización de síntomas, rastros, indicios, señales, en unas palabras, de esos “vestigios, tal vez infinitesimales, que permiten captar una realidad más profunda, de otro modo inaferrable”.

La contraposición entre el “paradigma indiciario” como “intuición” afincada en los sentidos y una ciencia entendida como disciplina suprasensible, que reconstruye ese texto inmaterial de la naturaleza, oposición gráficamente reflejada por el autor con el “físico galileano profesionalmente sordo a los sentidos e insensible a los olores” y el médico que reconstruye sus diagnósticos a base de oír “pechos catarrosos, olfateando heces y probando el sabor de las orinas”, se convierte así en la coronación del esquema propuesto por el historiador italiano, de identificación entre cultura dominante con escritura y cultura popular con oralidad.

La brecha entre cultura “docta” y la “popular”, por tanto, estriba en el dominio de un pensamiento generalizante, que logre la abstracción de la particularidad a la regularidad, que escape a la concreción de lo individual para poder aplicarse indistintamente a los “casos” de recurrencia. La labor represiva contra esa autónoma tradición oral que iniciara la Contrarreforma, continuada por el Enciclopedismo burgués en su lucha por desterrar las “supersticiones” y finalmente por el desprecio

³ Para ambos extremos, ya que la prédica de Menocchio se dirige tanto hacia los poderosos (en el deseo del molinero de poder presentarse ante el papa, un rey o un príncipe que lo escuchase, para poder expresar muchas cosas, como hacia sus semejantes en la aldea de Montereale.

positivista a toda forma de conocimiento no “científica”, confirma así una sola cadena que termina con ese período de fecundos intercambios entre “alta” y “baja” cultura.

En la obra estudiada las ideas de Menocchio aparecieron como el producto de sus condiciones de vida: el queso al que se refería en la metáfora sobre la creación del mundo era así el “queso que había visto hacer (o quizás el mismo había hecho)”. Pero a esta explicación se le agregaba la pertenencia de Menocchio a un estrato cultural profundo, incomprensible a nuestros ojos, que permitía que la hipótesis postulada se aplique no ya sobre el caso individual de Menocchio, sino sobre esa entera “transmisión oral de generaciones en generaciones” que constituye a la cultura popular. Así, al queso “bien real, nada mítico” que Menocchio ha visto y tocado y que explica su aparición en su cosmogonía, se agrega la “asombrosa coincidencia” de “mitos antiquísimos y remotos” que también apelan a analogías entre la coagulación de la leche y el aumento de densidad en la formación de los planetas. El historiador menciona las mitologías indias, donde referencias a quesos y gusanos parecen casi calcadas del relato de Menocchio.

Conclusión

Ginzburg denunciaba la censura prácticamente infranqueable entre las culturas “dominante” (encarnada tanto por los tribunales inquisitoriales como por el propio autor, e inclusive por el propio lector, en cuanto integrantes de un común horizonte) y “subalternas” (Menocchio, por ejemplo). Ambas presentan una oposición articulada en torno al dominio del lenguaje escrito, con su correlativa capacidad de abstracción, generalización y demás, frente a una “cultura oral” caracterizada por un materialismo “instintivo”, un razonamiento individualista, empírico, corpóreo.

En “El queso y los gusanos” asoma por momentos la idea de que la alteridad no fuera más que la apariencia, recubriendo una unidad entre las culturas en un nivel “profundo”, “subterráneo”. Esta unidad permite estudiar las “subterráneas convergencias” entre “alta” y “baja” cultura que percibe el historiador italiano, y que ligan a nuestro molinero con cumbres del pensamiento de la época como Montaigne. Tal convergencia, que sería desarticulada por la acción de la Contrarreforma (coronada posteriormente por la burguesía triunfante) de desdoblamiento de esa unidad, abriendo el camino a la aculturación de esas clases subalternas, se ha revelado como constitutiva de la propia naturaleza humana, y lo que reside en esas “profundidades” de la mente humana son sus vínculos más ancestrales con aquello que define al hombre: su oposición con la alteridad, bajo la forma de dioses y de animales⁴

⁴ Los ecos durkheimianos que de esta aproximación nos llegan desde Mauss, vía Dumézil. De similar raíz suenan también la nostalgia por la unidad perdida entre alta y baja cultura hacia fines del medioevo, una pérdida de esa comunidad que la tradición de Tönnies y Durkheim añora. Cf., p.ej. Robert Nisbet: *La formación del pensamiento sociológico*, 2 t., Amorrortu, Buenos Aires, 1969. En este sen-

BIBLIOGRAFÍA

- Bis, G.: La revolución del año mil, Barcelona, Grijalbo, 1993.
- Caro Baroja, Julio: Inquisición, brujería y criptojudasmo, Barcelona, Ariel, 1974.
- _____ : Las formas complejas de la vida religiosa (Siglos XVI y XVII), Madrid, Sarpe, 1985.
- Gallerano, N.: “¿El fin del caso italiano? La historia política entre “politización” y “ciencia” en La historiografía italiana contemporánea, Buenos Aires, Biblos, 1994.
- Grignon, C. Y Passeron, J.C.: Lo Culto y lo Popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.
- Ginzburg, C.: El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI, Barcelona, Muchnik, 1999.
- _____ : Les batailles nocturnes, París, Flammarion, 1985.
- _____ : El juez y el historiador, Barcelona, Muchnik, prólogo.
- _____ : Señales. Raíces de un paradigma indiciario.
- _____ : Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia, Barcelona, Gedisa, 1989.
- _____ : Storia notturna. Una decifrazione del sabba, Turín, Einaudi, 1995.
- _____ : Occhiacci di lengo, nove filezioni sulla distanza, Turín, Einaudi, 1998.
- Hobsbawm, E: Sobre la historia, Buenos Aires, Critica, 1999.
- Iggers, G.: La ciencia histórica en el siglo XX, Barcelona, Labor, 1995.
- Jauregui: Teoría, historia e historiografía, Barcelona, Crítica, 1994.
- Laqueur, W.: Europa después de Hitler, Madrid, Sarpe, Tomo 2, 1985.
- Levi, G.: La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII, Madrid, Nerea, 1990, Introducción.
- _____ : Sobre micro historia, Buenos Aires, Biblos, 1994.
- Lévi-Strauss : Las estructuras elementales del parentesco, Bs. As., Planeta-Agostini, 1993.
- Nisbet, Robert: La formación del pensamiento sociológico, Tomo 2, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.
- Revel, Jacques: “Microanálisis y construcción de lo social”, en Entrepasados, año V, 1996.
- Villani, Pasquale: La edad contemporánea, 1945 hasta hoy, Barcelona, Ariel, 1997.
- Zennon Davis N.: Sociedad y cultura en la Francia moderna, Barcelona, Crítica, 1993.

tido, es interesante notar la incomodidad del esquema de “culturas populares” propuesto por Ginzburg en una investigación referida a las sociedades modernas: por ejemplo, cf. Su desinterés por el Gramsci de los consejos obreros en Ginzburg 1992, p.111.